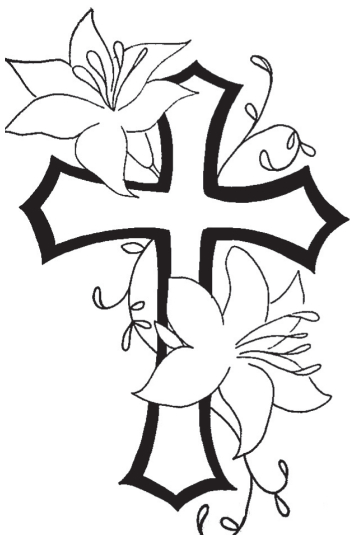


De las Tienieblas a la Luz de Cristo

*La Historia de
Margarito Ramírez Hernández*



www.RadioAmistad.net
(713) 520-7900

Maneras de Escuchar a Radio Amistad



1400_{AM} y 101.5_{FM}



www.RadioAmistad.net



Aplicación Móvil



Red de Radio Amistad



Radio Amistad



Radio Amistad - Temas Vitales



@RadioAmistadUSA



@radio_amistad

De las Tinieblas a la Luz de Cristo

La historia de Margarito Ramírez Hernández

Iglesia Bautista Nueva Esperanza

305 Rector Heights Dr.

Hot Springs, AR 71913

501-672-4552

Reina-Valera 1960 ® © Sociedades Bíblicas en América Latina, 1960. Renovado © Sociedades Bíblicas Unidas, 1988. Utilizado con permiso.

La Historia de
Margarito Ramírez Hernández
“De las tinieblas a Su luz admirable”.
1 Pedro 2:9

Nací el 26 de enero de 1963, en Pared Blanca Tecozautla, Hidalgo, México, hijo de una pareja de campesinos donde mi madre no sabía leer ni escribir y mi padre solo había cursado el segundo grado de primaria. Allí en esa chocita de palos y hojas de palma, nació mi hermana Silvina, después nací yo, y de allí vinieron los demás de mis hermanos y hermanas. Hasta la fecha somos 6 hermanos y 6 hermanas; y tres que murieron. Fuimos un total de 15.

Mi padre nunca se preocupó por sus hijos. Una de mis hermanas, Herminia, nació enfermita, tan flaquita que casi no podía caminar. Recuerdo un día cuando grito tan débil pidiendo un refresco. Ella murió cuando tenía cinco años. Más tarde mi hermana mayor, Silvina se enfermó. Padecía de ataques epilépticos y por muchos años no recibió tratamiento médico por falta de dinero. Ella murió cuando tenía 26 años.

Una Pobreza Extrema

Mi niñez fue tan difícil y triste en parte por nuestra extrema pobreza. Nunca me saqué de comida, siempre me quedaba con hambre. Le decía a mi madre, “Quiero más comida, sigo teniendo hambre”, y recuerdo que mi madre decía, “Hay hijo, se acabó la comida”. La ropa que traía estaba negra de sucia porque ni agua teníamos para lavarla y solo tenía como dos camisas y dos pantalones con agujeros en todos lados. Además, nadie me decía que me amaba y esa falta de afirmación me llevó a cometer muchos delitos.

Teníamos un primo que vivía con nosotros y nos ayudó mucho proveyendo algo de comer. Siendo yo el hermano mayor, desde muy pequeño empecé a robar comida, frutas como: duraznos, higos, y elotes para que mi mamá y mis hermanitos comieran algo pues me daba mucha lástima verlos sufrir de hambre. También le mentía y robaba a mi propia familia con el fin de comprarme unas golosinas.

Violencia Domestica

Me dolía mucho ver como mi padre (Constancio Ramírez) golpeaba a mi mamá (Faustina Hernández). Casi todo el tiempo tenía moretones en su cara y en sus brazos. Su abuso era tan evidente que las vecinas la aconsejaban que dejara a mi padre y se fuera de la casa. Le decían que un día de esos podría matarla, pero mi madre, sin educación, no se fue. Ella decía que no tenía a donde ir con tantos hijos y si dejaba a sus hijos, que sería de ellos con un padre borracho y desobligado. Mi mamá fue muy buena con todos sus hijos y por amor a ellos aguantó a mi papá. Casi toda su vida fue un martirio y a pesar de todo el abuso que ella sufrió, mi mamá siempre lo atendía muy bien.

La única fuente de ingreso que teníamos eran algunas gallinas, chivos, quesos, leña y huevos que vendíamos para comprar comida, ropa y otras cosas. De vez en cuando mi padre llevaba a venderlos al mercado que quedaba a tres horas de camino. No podíamos comer estos porque se vendían para pagar las multas de mi padre pues cuando estaba borracho se peleaba o rompía algo y teníamos que pagar la multa. Mi pobre madre tenía la esperanza

de ver a mi padre llegar del mercado con algo para cocinar, pero como siempre no era así. No llegaba ese día, solo llegaba un aviso para que lo fueran a sacar de la cárcel por haber hecho algo al estar borracho. Se tenía que hacer inmediatamente, porque si no se hacía así, de seguro golpeaba brutalmente a mi madre.

Tanta era nuestra ira contra mi padre que cuando llegaba borracho del mercado Silvina y yo intentamos apedrearlo varias veces. Pero éramos tan chicos y sin fuerza que no le dolían las pedradas. Solo servía para animarlo a golpear más a mi madre. Llegaba muy borracho pidiendo comida y mi madre le daba frijolitos y tortillas. Él quería algo más como arroz o carne, pero como mi pobre madre no lo tenía. Le tiraba la comida a veces en su ropa y la golpeaba.

Un Padre Abusivo

No tengo ningún recuerdo bonito de mi niñez de parte de mi papá sino demasiados recuerdos tristes y dolorosos, pues los golpes empezaban conmigo. Hubo veces que si merecía la disciplina porque conforme iba creciendo empecé a ser malo. El mal ejemplo

de mi padre, el ambiente violento y las experiencias me hicieron ser malo y aun él me animaba a pelear con otros. Me decía, “No te dejes de la gente. Tienes que ser hombre. Si alguien te falta, demuéstrole que eres mi hijo”. Me mostraba como pararme y como golpear a otros.

Cuando mi padre me corregía eran disciplinas demasiadas crueles, a tal grado que a veces sangraba mucho. Varias veces me desmayaba de los duros golpes que me daba con un lazo, con la vara, con el cinturón o con lo que encontrara. Su comportamiento marcó mi vida y empecé a ser como mi padre.

Llegó el momento que de tantas veces que vi a mi padre borracho y golpear a mi mamá, me acostumbré a esa vida y yo quería ser como mi papá. Mi vida era como un cuarto oscuro en el cual no había ni tan solo un rayo de luz. Sentía que no había esperanza para mí de ser una persona buena.

La Llegada de Misioneras

Cuando tenía como siete años, una tía, hermana de mi mamá, que casi no nos visitaba empezó a visitarnos y empezó a hablarnos de Dios. Dijo que pronto empezarían estudios

Bíblicos allí en nuestra comunidad. Eso era algo nuevo para mí, y para nuestra comunidad. Semanas después llegaron dos misioneras, Caroline Bush y Hortencia Licuona, y empezaron a dar estudios Bíblicos en casa de don Ricardo. Al principio llegaba mucha gente a las reuniones, pero después se fueron alejando y solo algunos de la familia Nieto y de la familia Ramirez siguieron asistiendo a los cultos.

El Amor Transformador

Yo no entendía mucho de lo que enseñaban, pero lo que si me gustaba era que las misioneras nos querían mucho. Nos hablaban a los niños con palabras tiernas y nos trataban con mucho cariño. Por ejemplo, me decían que era bien guapo, que era trabajador, y que era inteligente, algo que nadie me había dicho antes.

Pero lo más hermoso es que escuché y entendí que alguien en verdad me amaba. Fue en esos estudios Bíblicos que oí acerca del amor de Dios y por primera vez un rayo de luz iluminó ese cuarto oscuro de mi corazón al saber que alguien murió por mí. Sentí por primera vez que había esperanza para mí.

Se daban estudios Bíblicos los jueves de cada semana y yo quería que fueran jueves todos los días. Quería oír a las misioneras decirme cosas bonitas. Me hacían sonreír y me hacían sentir bien. Con ellas era un ambiente muy agradable ya que en mi casa solo me decían cosas feas y eran puros gritos y pleitos de parte de mi padre.

La Primer Convertida

Después de unos años mi madre (Faustina) entrego su vida al Señor. Ella fue la primera convertida de la familia Ramirez y empezó a orar por mi padre y por nosotros. Mamá siempre ha sido una mujer de oración y sus oraciones nunca han sido en vano. La imagen que tengo en mi mente de mi madre es una mujer de rodillas orando por su esposo y por sus hijos. También los pocos hermanos de allí y especialmente las misioneras empezaron a orar por mi padre.

Era el hombre más malo de nuestra comunidad. En muchas ocasiones asistió a los estudios Bíblicos bien borracho solo para dormir. Me daba vergüenza que fuera así porque hasta fastidiaba con sus ronquidos, pero las misioneras dijeron que le tuviéramos

paciencia, porque un día de esos Dios lo iba a salvar.

El Machetazo

Había miembros de solo tres familias en mi comunidad y un día cuando mi padre andaba muy borracho empezó a gritar, “Arriba los Ramirez. Somos los número uno”. Otro borracho de la familia Nieto le dio un machetazo en la cabeza abriéndole una enorme grieta. Mandaron llamar a la misionera Carolina Bush quien le coció la cabeza. Gracias a sus cuidados papá comenzó a recuperar, pero unos días más tarde durante una cacería dio un salto y se volvió a abrir la herida. Sangró tanto que estaba a punto de morir y él lo sabía.

La doctora misionera le dijo a mi padre que esta podría ser su última oportunidad para hacer las paces con Dios y le preguntó si él estaba listo para hacerlo. Dijo que sí y con su ayuda mi padre se arrepintió de sus pecados y entregó su vida al Señor Jesucristo.

Un Hombre Nuevo

Su vida dio un giro tan drástico que la gente que lo conocía se admiraba del cambio en su comportamiento. De un día para otro fue totalmente diferente. Desde ese día jamás volvió a emborracharse. La gente le preguntaba que le había pasado, que medicina había tomado o si lo habían embrujado. Él solo decía que no sabía, pero que ya no quería emborracharse. No sabía contestar porque era un bebé espiritual. Después que entendió, dijo que no era la medicina, ni la brujería, sino que Cristo había transformado su vida para siempre.

Un Hogar Cambiado

Fue entonces que las cosas en nuestra casa empezaron a ser diferentes, ya no hubo borracheras ni golpes. Pero para ese entonces ya había sufrido mucho daño y ahora el malo era yo. Tenía aproximadamente 10 años y llegué a ser el peor de mi comunidad, haciendo de todo. Era grosero, robaba, y era bien mentiroso.

Mi familia asistía fielmente a los estudios Bíblicos en casa de don Ricardo y al principio me gustaba mucho ir a las

reuniones. Después ya no quería ir, pero mis padres casi me obligaban. A veces iba como a escondidas y le pedía a mi mamá que llevara mi Biblia porque me daba vergüenza que los muchachos me vieran ir a los estudios con mi Biblia en la mano.

Mis compañeros se burlaban de mí y nos decían los aleluyas, los hermanos, los empinados y otros epítetos. Quería ser parte del grupo de esos amigos que juegan al fútbol, al trompo, a los volados y a las canicas en la escuela o en la calle, pero era rechazado por ser evangélico.

Temor de Morir

Después de haber escuchado ya por varios años la Palabra de Dios, algo que me atormentaba era que un día iba a morir y solo había dos lugares: el cielo y el infierno. Tenía mucho miedo de morir. Yo estaba seguro de que si moría no iba ir al cielo, y yo anhelaba ir al cielo. Yo no quería ir al infierno. Eso me molestaba mucho y me inquietaba.

Compartía mi inquietud con personas que no conocían la verdad, pero ellos no me podían ayudar. Yo estaba convencido que la salvación no era por obras, pero no sabía qué

tenía que hacer para ir al cielo. No sé por qué no les preguntaba a los maestros de escuela dominical, o al pastor ya que, si les hubiera preguntado, ellos me hubieran ayudado.

Con esta incógnita en mi mente, observé como otras personas aceptaron a Jesús con la ayuda de un líder de la iglesia y decidí aceptar a Cristo yo solo. Me humillé, me arrepentí de mis pecados y llorando le dije al Señor, “Señor si eres real, si de veras me amas, creo que moriste por mí en la cruz, fuiste sepultado, venciste a la muerte, y ahora vives. Creo lo que Tu palabra dice y Te entrego mi corazón. Perdóname, sálvame, y dame vida eterna”. Gracias a mi Dios que envió a su Hijo a este mundo para buscar y salvar lo que se había perdido de los cuales yo soy el primero.

Gloria al Señor Él me perdonó. Su divina GRACIA tocó mi desgracia y un milagro ocurrió: nací de nuevo. Por fin mi vida fue rodeada de luz, la luz de mi Jesús. A mis casi 11 años pude experimentar por primera vez Su perdón, Su paz, Su amor, Su poder, y pude sentir lo que dice el apóstol Pablo en 2 Corintios 5:17, “De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es, las cosas viejas

pasaron, ahora han sido hechas nuevas”.

Después de mi decisión no tomé en serio las cosas de Dios o el discipulado. Ya era salvo, pero como muchos jóvenes fui rebelde, dando mal testimonio, y sufrí las consecuencias. Muchas cosas pasaron, ofendí a mi Dios e hice sufrir a mi familia, y me arrepiento de todo eso.

Emigrando a los Estados Unidos

Cuando cumplí los 16 años me fui a trabajar a la ciudad de México, pero no busqué una iglesia para congregarme. A los 17 años decidí emigrar a los Estados Unidos, saliendo el 21 de marzo de 1981 de la central de autobuses de la ciudad México, hacia Ciudad Acuña, Coahuila, México. Mis tres compañeros y yo caminamos ocho días hasta llegar a El Dorado, Texas. Quería trabajar en Texas, pero no encontré trabajo allí. Supe que había trabajo en Arkansas, y fue así que llegué a Umpire, Arkansas en 1981.

Trabajé 13 años para una compañía de pollos y en 1986 recibí mi permiso para trabajar legalmente en este país. Unos años más tarde recibí la ciudadanía. Finalmente, en 1989 empecé a tomar las cosas de Dios

en serio. Encontré una Iglesia de habla hispana que era misión de First Baptist Church DeQueen, Arkansas donde asistí y fui miembro.

Ya conocía a la que ahora es mi esposa Susana Gutiérrez, pues somos del mismo municipio en Hidalgo, México, y en 1989 nos casamos. Ella ya era cristiana y entre los dos nos apoyamos para ser más responsables hacia Dios. Tuvimos tres hijos (Josué, Miriam y Daniel). Estuvimos muy activos en nuestra iglesia, primero como líderes de jóvenes, y después sentí el llamado de Dios al ministerio.

El Llamado al Ministerio

Había un deseo, un anhelo de hacer más por mi Dios, pero no sabía, no entendía cómo hacerlo hasta que le compartí mi inquietud a mi pastor Óscar Salazar, quién ya está en la presencia del Señor. El me ayudó a entender que Dios me estaba llamando al ministerio, y un domingo me dio la oportunidad de predicar. Estaba bien entusiasmado y preparé un sermón de 30 minutos, pero cuando subí al púlpito estaba tan nervioso que solo prediqué un sermón de unos 15 minutos.

Al concluir hice la invitación, y tres personas pasaron al frente: una para bautizarse, otra para reconciliarse con Dios, y otra para aceptar a Cristo. Jamás olvidaré aquella experiencia. De tan nervioso que estaba, casi lloraba de gozo, y fue allí donde Dios me confirmó el llamado al ministerio. Por eso ahora puedo decir lo que el apóstol Pablo dijo en 1Timoteo 1:12 “Doy gracias al que me fortaleció, a Cristo Jesús nuestro Señor, porque me tuvo por fiel poniéndome en el ministerio”.

Al principio fue un poco difícil porque no conocíamos a mucha gente hispana, y sabía poco de la Biblia ya que no me fue posible ir a un seminario o instituto de tiempo completo. Sin embargo logré terminar mis tres años de educación religiosa por medio de la extensión del seminario. Me gradué del Instituto Teológico Ángel Martínez de DeQueen, Arkansas.

Mi Dios siempre ha sido fiel en toda nuestra nueva aventura sirviéndole y predicando el evangelio; hemos trabajado en diferentes lugares dentro del estado de Arkansas: en DeQueen, en Wickes, en Umpire, en Glenwood, en Arkadelphia, en

Gurdon, en Benton y ahora en Hot Springs.

La Obra Misionera

Hemos participado en varios viajes misioneros a Perú, Ecuador, Honduras y México, y también en diferentes estados de USA. ¡Y siempre hemos experimentado la fidelidad de Dios! No hay mayor gozo que servir a un Dios de amor y compasión, por nada lo cambiaria. Aunque trabajando para Dios hay de todo: frustración, cansancio, pruebas, tristezas, etc., pero nada se compara con ver a una persona transformada por la sangre preciosa de Cristo que derramó en la cruz del Calvario.

Las buenas obras no salvan, la religión no salva, la denominación no salva, la iglesia no salva. Solo Cristo puede salvar, porque el pagó el precio de nuestra salvación, al venir a este mundo, sufrió y murió por nosotros, su sacrificio en la cruz fue perfecto, fue sepultado, pero al tercer día resucitó de entre los muertos y ahora vive para que el que cree en él tenga vida eterna. Él dijo en Juan 14:6, “Jesús les dijo; Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida, nadie viene al Padre sino es por Mi”.

La salvación es cien por ciento obra de Dios, su Espíritu Santo nos convence de pecado, nos da el arrepentimiento y la fe, que es lo único que necesitamos para ser salvos. Mi oración es que tú te arrepientas de tus pecados, y creas que Jesús murió y resucitó, así como dice la Biblia y seas salvo.

La Bendiciones

En todos estos años trabajando en el ministerio hemos visto el amor y el poder de Dios trabajando en nuestras vidas. Dios ha sido fiel a sus promesas y hemos visto como las personas han sido transformadas por el amor de Dios. Su gracia ha sido suficiente. Dios nos ha bendecido al darme la oportunidad de pastorear la Iglesia Bautista Nueva Esperanza de Hot Springs, Arkansas donde estamos sirviendo hoy. Hemos sido bendecidos con tres hijos que aman a Dios y por medio de sus trabajos ayudan a otros.

También Dios nos ha bendecido con Radio Amistad. Desde niño me ha gustado y hasta la fecha me gusta mucho escuchar la radio. En el área de Arkansas donde vivo, no teníamos una estación Cristiana en español. Un día encontré a Radio Amistad y desde

ese día la escucho todos los días porque “Proclama la Verdad”. Me encantan todos sus programas. Ha sido y es de gran bendición a mi vida y crecimiento espiritual.

He aprendido mucho por medio de sus programas y siento que la radio también es de bendición a nuestra comunidad porque predicán la verdad que es Cristo el Señor. Estoy enamorado de Radio Amistad. Es un ministerio que ayuda, anima, inspira y guía. Es como un vaso de agua fresca en medio del desierto. Gracias a todos los que participan en Radio Amistad, gracias por ese hermoso ministerio, que está alcanzando a personas para Cristo.

DE LAS TINIEBLAS A LA LUZ DE CRISTO

Una pobreza extrema, violencia doméstica, y un padre abusivo marcaron la niñez de Margarito Ramirez Hernandez. “Varias veces me desmayaba de los duros golpes que me daba con un lazo, con la vara, con el cinturón o con lo que encontrara. Sentía que no había esperanza para mí de ser una persona buena”. dice Margarito. “Tenía aproximadamente 10 años y llegué a ser el peor de mi comunidad, haciendo de todo. Era grosero, robaba, y era bien mentiroso”. Pero todo cambió para Margarito cuando llegaron dos misioneras a su comunidad. “Por primera vez un rayo de luz iluminó ese cuarto oscuro de mi corazón al saber que alguien murió por mí”. Al leer el testimonio de Margarito, se gozará de cómo el Señor lo rescató “De las Tinieblas a la Luz de Cristo”.



Margarito y Susy Ramírez